

tros sacramentos, queden libertados y excentos del angel devastador, que los pase y salte, y caiga sobre los infieles é impíos, que no están rubricados con la sangre del Cordero divino, para que les dé muerte y muerte eterna: y exhorta el Apóstol á los fieles, á que dejen el antiguo fermento del pecado, y se hagan como una nueva masa, ya que son ázimos, es decir, libres del fermento del pecado por la recepción del Bautismo. Y por aquí se ve el simbolismo de la Pascua y sus ceremonias, usado ya por los Apóstoles como el tránsito de la vieja á la nueva Ley, por lo cual saltaron ó pasaron la solemnidad del sábado al día domingo, día de la Pascua ó resurrección del Salvador. Y aunque más pudiéramos decir de la Pascua, pero nó es propio de nuestro instituto,

ní tiene relación directa con el Cómputo de que tratamos.

IV.

La luna.—Sus fases, su luz, su distancia, su revolución.—Texto de un Salmo.—La luna y la Virgen.—Ambas son testigos.—Eclipse en la pasión.—Los lunáticos.—Job.

—Ya pues que la Pascua depende tanto de la luna, ¿no podríais hablar algo acerca de este astro?

—No solo algo, sino muchísimo podría decirse acerca de nuestro satélite, pues hay escritos gruesos volúmenes acerca de él. Diremos algo de lo principal que puede saberse en el particular. La vista nos enseña que la luna dá vuelta al rededor de la tierra, y que va presentando varios aspectos que se llaman fases, desde la Neomenia ó luna nueva que la presenta oscura, hasta el plenilu-

nio en que se vé plenamente iluminada, pasando por los cuartos en que se mira como medio círculo, y los octantes en que aparece como creciente delgada, ó como en figura casi circular. Estos diversos aspectos, se deben á que el sol siempre ilumina la mitad de la luna, y á que el círculo de iluminación lo vemos de frente en el plenilunio, y más ó menos oblicuo en lo sucesivo, siendo esa oblicuidad la causa de esas distintas fases.

—Y qué importancia daban los antiguos á la luna?

—Dábanle tanta, que por la luna formaban primitivamente sus años, y esperaban la neomenia para hacer convites y celebrar la entrada de las estaciones. Los árabes terminan su ramadán ó ayuno, conforme á la luna, lo que parecen haber tomado de la

celebración judía ó cristiana de la pascua.

—Y de la luz de la luna qué decís?

—Que está plenamente demostrado que es la misma que recibe del sol y nos devuelve, luz que no produce calor, y que aunque es muy escasa en comparación de la del sol, pero es mucho más clara que la de todas las estrellas juntas. Esa luz es blanca, pero en la noche se ve amarillenta, por la coloración azulada de la atmósfera, pues el amarillo y el azul son complementarios, esto es, componen el blanco. Y es muy admirable que la luna no caliente, pues el sol la baña por más de 150 horas continuas, lo que deberá producir en su superficie un calor espantoso.

Y cuánto dista de la tierra, podrá saberse?

—Se sabe con toda exactitud, sino que como unas veces está más lejos y otras más cerca de la tierra, varían las distancias: la media es de 90 mil y 66 leguas. Y conocida esta distancia, se han hecho curiosos cálculos: un tren de ferrocarril, gastaría en recorrer el espacio que nos separa de la luna, unos diez meses; un cataclismo en la luna que produjese mucho estruendo, si se pudiese oír en la tierra, tardaría en llegar el sonido nada menos de catorce días; una bala de cañón conservando su velocidad inicial, tardaría ocho días y seis horas en franquear la misma distancia; solo la luz, que camina con tanta velocidad, apenas gasta para llegar de allá á acá la cuarta parte de un segundo.

—Y su vuelta al rededor de la

tierra, en cuanto tiempo la completa?

—El mes lunar, ó la lunación, como se le llama, es de 27 días, 7 horas y 43 minutos: pero esa es la revolución sidérea; la que se llama sinódica, es de 29 días y cerca de seis horas. La razón de esa diferencia, es, que la luna al tiempo que gira al rededor de la tierra, va caminando con esta por la eclíptica, lo que hace que se deje ver por más tiempo.

—Y en su vuelta nos deja ver sus dos hemisferios?

De ninguna manera, pues al mismo tiempo que dá la vuelta á nuestro alrededor, la va dando sobre sí misma, de suerte que nó nos presenta sino la misma cara con algún poco más que resulta del movimiento de libración. Esta cara de la luna, está muy explorada con el telescopio: es un

suelo lleno de circos, de cráteres apagados de volcanes, redondos, con unas puntas cónicas en su interior; á unas alturas formidables han llamado montañas, y á las honduras, mares; y han hecho el plano ó mapa de la luna con mucha exactitud, nombrando los montes y los mares, formando centenares de puntos con sus nombres, y medidas muchas alturas y profundidades, de tal manera, que hay que admirar la inteligencia que Dios dió al hombre para realizar tantas maravillas. Y nó sólo se conoce la revolución exacta del satélite, sino que hay la medida de su superficie, la de su volúmen, y hasta la de su peso en toneladas!

—En el salmo “Misericordias Domini in aeternum cantabo”, que se recita en la Natividad, llama mucho la atención un verso

en que se dice que la luna es “testis in coelo fidelis”, ¿podrías explicar qué clase de testigo és la luna, ó porqué se le llama así?

—Cierto que saltamos de la astronomía á la exégesis, y nó deja de ser salto muy grande; pero en fin, todo es útil saber, y diremos la significación de esa frase: se trata del verso 38 del Salmo 88, y dice, que “el trono de David es como el sol en presencia de Dios, y como la luna perfecta en lo eterno, y testigo fiel en el cielo.” Es el Señor quien lleva la palabra, y dice en los versos anteriores: “Una vez juré á David en mi santo nombre, y nó le mentiré: Su raza permanecerá para siempre. Y su trono, como el sol en mi presencia, y como la luna, etc., Es la promesa del Redentor, figurado por David, á quien se promete con ju-

ramento indefectible, que su trono permanecerá con dos cualidades: perpetuo, y claramente visible, así como el sol y la luna son *astros* incorruptibles que siempre han de durar, y esplendorosos cuya luz nadie puede ignorar. O lo que es lo mismo, predice el Salmo la visibilidad de la Iglesia y su perpetuidad; pues nada tan perpetuo y tan luciente como el sol y la luna. Y así nó tienen excusa los herejes, de no conocer á la Iglesia católica, tan visible y duradera. La luna és testigo de la armonía y continuidad de las leyes de la naturaleza, con su marcha tan constante y tan bien arreglada, que se puede trazar su camino y sus eclipses con años y hasta con siglos de anticipación. Ella és, pues, testigo en el cielo, es decir, en el espacio, de la sabiduría, del poder

y de la bondad del Creador, que quiso darnos esa antorcha para alumbrar nuestras noches, y aun más para arreglar los tiempos.

—Es buena interpretación!

—Tomada de los mejores intérpretes; pero hay otra, aunque simbólica, que por estar escribiendo esto á mediados del dulcísimo Mes de María, nó quiero dejar de apuntar, y és del doctísimo Cardenal Hugo: El Sol es Cristo, sol de justicia como le llama un profeta, cuyo trono és eterno, y la Luna, es la Virgen María que recibe todas sus gracias de Cristo, como la luna toda su luz del sol; y ella és testigo allá en el cielo, de la Encarnación y de la redención del Señor, testigo de su misericordia para los pecadores, y testigo de su poder en sí misma: y el texto dice: "como la luna perfecta," esto és,

cuando en el plenilunio dá toda su luz; y en eso simboliza á la Virgen, que desde el primer instante de su ser, estuvo llena de la luz de la gracia y nunca la cubrieron las tinieblas del pecado; es luna sin menguante, luna sin eclipse, luna sin disminución, como la han llamado los santos; testigo fiel en el cielo de su alma purísima, del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios para con ella, ¿Queremos oír su testimonio, dado de su propia boca?.....Oigamos, pues: testimonio del poder de Dios: *Fecit mihi magna qui potens est,*" testimonio de la sabiduría, que es el Hijo: *Exultavit spiritus meus in Deo Salutari;* Testimonio de la bondad: "*Et sanctum nomen ejus.*" Esto discurremos sobre ese texto, porque Hugo sólo dice, que por ser la luna húmeda y fría, sim-

boliza la humildad y la pureza de Nuestra Señora; pero hoy sabemos que la luna bañada largamente por el sol, nó es nada fría, y careciendo de atmósfera nó es húmeda. Faltaban los actuales conocimientos á los antiguos doctores; pero nos ponían en la mano el hilo para piadosas aplicaciones.

—Bien; pero de lo simbólico y místico pasemos á algunas dificultades de la Escritura con relación á la luna.

—Comprendo; mas comenzaré por advertir, que el eclipse del sol, como ahora todo el mundo sabe, proviene de la interposición de la luna entre él y la tierra, por lo cual se verifica cuando está en conjunción, es decir en medio de la tierra y del sol. Y como el día de la Pasión de Jesucristo era la víspera de la pascua

de los judíos, la luna estaba en plena luz y remotísima de la neomenia. ¿Cómo, pues, pudo esconder al sol, sin estar interpuesta entre él y la tierra? ¿La haría Dios retrogradar hasta su conjunción con el sol? Como omnipotente, bien pudo hacerlo, deteniendo el trastorno consecutivo á esa bruzca interrupción de las leyes naturales; pero la cosa pudo pasar de varias maneras que nó nos son enseñadas: se sabe que Dionisio Areopagita, al observar ese extraño eclipse, exclamó: "O el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo perece." En efecto, el eclipse solar cerca del plenilunio, era físicamente imposible.

—Y de los lunáticos, qué debe creerse?

—En el capítulo cuarto de San Mateo, al verso 24, se nombran

entre varios enfermos, los lunáticos. Se cree que eran epilépticos que sufrían los accesos en los plenilunios y novilunios, y por eso se llamaban lunáticos. Nó es que se reconozcan en la luna influencias malignas para producir esos accesos, sino que siendo en cierto modo periódicos, y siéndolo las revoluciones del satélite, pueden haberse conectado sin tener parte la luna. Los intérpretes creen que el demonio, autor de esos males en los poseos, impelía los ataques en las épocas lunares, para que se atribuyesen á Dios aquellos males, y se llegase á las blasfemias y aun á veces al suicidio. Los impíos modernos se burlan de la posesión, y de los energúmenos, creyendo que se trata de puros casos de histeria; pero negar la posesión demoniaca, es negar el e-

vangelio; y que aun hay casos de verdadera posesión lo testifica la historia, de suerte que las negaciones de los incrédulos son estúpidas, y las de algunos autores cristianos que quieren sostenerlas so pretexto de ciencia, son imprudentes y escandalosas. Sí es de notar, que el evangelio, dando á esos enfermos el nombre de lunáticos, nó hace mas que valerse de la palabra usual entonces; pero nada dice ni asegura del hecho de la influencia ó coneción eficaz de la luna en el particular.

—Pues qué, ¿la idolatría no abusó de la luna?

—La luna fué objeto de idolatría muchas veces aun para los hebreos: que para los otros pueblos gentiles, nada más común que la adoración de la luna, á la que llamaban, ya Diana, ya Juno, ya Belona, ya Astarte: tenía

sus templos, entre ellos uno muy famoso, en que se le ofrecían sacrificios, y anualmente se inmataba en su honor un esclavo que se regalaba bien todo el año para sacrificarlo al fin. Era tan común la adoración al sol y á la luna, que el santo Job protesta, diciendo: “Si he mirado al sol resplandeciente, ó á la luna cuando derrama su claridad, alegrándose en lo secreto mi corazón, y llevando á la boca mi mano para besarla.” Es decir; que nó había adorado al sol ni á la luna en su plenilunio, besando la mano propia, lo que era señal de adoración. Cordero nó admite esta interpretación: pero los modernos la han hecho prevalecer, y parece muy atinada, pues añade Job, que hacer eso es máxima iniquidad y negación del Dios altísimo, lo que conviene perfecta-

mente á la idolatría. (Job XXXI. 26.....28.) *Ita Thom, et Tirin. in h. l.*

V.

El calendario.—Su utilidad.—El calendario eclesiástico.—Sus cinco columnas.—Magnífico.—El Zodiaco y sus doce signos.—Las estaciones.—Equinoccios y solsticios.—Las cuatro épocas.—Los meses.—El calendario revolucionario.—Los días de la semana.—Cómo lo llama la Iglesia?

—Mas dejando ya la exégesis y el simbolismo, volvamos á lo material y relativo al Cómputo.

—Volvamos á ello, y discúlpe-se nuestra excursión por la Santa Escritura, pues escribiendo para los sacerdotes y seminaristas, muy excusable es hablar de lo que tiene alguna afinidad con el objeto de nuestro estudio: Comenzaremos hablando del Calendario. Este nombre viene según unos, de *colendo*, por el culto; según otros, del verbo *calo*,

derivado del griego, que significa llamar, numerar y convocar; porque en las calendas se llamaba al pueblo para designarle las calendas y otras cosas pertenecientes al mes, lo que se decía, *calare populum*; y esto es lo más cierto, aunque hubo quien lo hiciera venir de la palabra griega *kalon*, buen agüero, por desearse felicidades y regalarse estrenas en los primeros días del mes. El calendario es el libro en que se muestran las semanas y los días del año, con la marcha de la luna, los eclipses y otros datos más ó menos numerosos, con respecto á los fenómenos del cielo. El calendario eclesiástico es aquel en que se muestran las fiestas de la Iglesia, sus ayunos y vigili-as, con el orden de sus dominicas y fiestas de los santos. Si se junta el calendario civil con el ecle-